

Donald Trump, el populismo como farsa en los Estados Unidos de América

Donald Trump, populism as a farce in the United States of America

Amando Basurto Salazar*

Resumen

En 2016, el populismo de Donald Trump tomó por asalto al Partido Republicano primero y la Presidencia de los Estados Unidos de América después; su discurso nacionalista, disciplinario-mercantilista y xenofóbico ha sido central en su subversión del *status quo*. El objetivo en el presente artículo es explicar la especificidad del populismo de Donald Trump a través de contrastarlo con la tragedia populista de William Jennings Bryan de finales del siglo XIX. El argumento central es que el populismo del presidente Trump es una farsa exitosa con especificidades políticas y limitaciones electorales puestas a prueba en las elecciones de 2020.

Palabras clave: Estados Unidos de América, populismo, Donald Trump, William Jennings Bryan, Partido Republicano, Partido Demócrata, relaciones internacionales.

Abstract

In 2016, Donald Trump's populism took by storm the Republican Party first, and the Presidency of the United States of America afterwards; his nationalist, disciplinary-mercantilist, and xenophobic discourse has been central to his subversion of the *status quo*. The objective of the present is to explain the specificity of Donald Trump's populism by contrasting it with the populist tragedy of William Jennings Bryan at the end of the XIX century. The central argument is that President Trump's populism is a successful farce with political specificities and electoral limitations that will be put to the test in the 2020 elections.

Key words: United States of America, populism, Donald Trump, William Jennings Bryan, Republican Party, Democratic Party, international relations.

* Doctor en Estudios Políticos por la New School for Social Research y maestro en Estudios en Relaciones Internacionales por la UNAM. Ha sido profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, de las universidades Drew, Adelphi y Estatal de Nueva York y del posgrado de Ciencia Política de la Universidad de Guadalajara. Actualmente es académico de la UNAM y del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Correo electrónico: amandobasurto@politicas.unam.mx

Introducción

Adjetivar como populista el estilo político, la campaña y el gobierno de Donald Trump no necesariamente aporta claridad ni simplifica su comprensión. Existe un extensivo uso del adjetivo para desacreditar movimientos políticos, candidaturas y gobiernos, ya sean de “derecha” o “izquierda”; no es sólo una “inflación de análisis de políticas populistas como un mal sin un origen específico” —como explica Federico Finchelstein—,¹ sino una sobrevaloración analítica de un concepto con la intención de contener y reducir una serie de fenómenos políticos bajo una misma etiqueta. Utilizar la noción de “populista” como llano descalificativo implica ignorar los anclajes discursivo-analíticos de aquel en la democracia liberal y su exaltación retórica tanto de la soberanía popular como del esencialismo originario de la nación.²

Populista es hoy sinónimo de demagogo, es decir, se dice de quien hace propuestas o promesas políticas y económicas de manera infundada, idealista e irresponsable con el objetivo de movilizar simpatizantes y sumar votos con un importante énfasis en la “otredad” moral, social y étnica. El populismo, como afirma Pierre Rosanvallon, “asegura resolver el problema de representación [política] invocando la imagen de un pueblo unificado y homogéneo. Rechaza radicalmente todo aquello que asume hostil a dicha unidad y homogeneidad: extranjeros, enemigos, oligarquías, élites”;³ además, para el populista “el bien se encuentra en la sabiduría del pueblo y no en las pretensiones del experto”.⁴

De manera tal que calificar sólo como populista el estilo discursivo y político del presidente Trump desconoce las condiciones específicas que lo vuelven coyuntural y electoralmente restringido; analizar los elementos característicos del populismo a la Trump permite, al contrario, una comprensión mucho más integral de sus alcances y límites. El objetivo en el presente artículo no es analizar ni proponer nuevas aproximaciones teóricas ni historiar sobre el populismo. Propongo, eso sí, contrastar las condiciones que permitieron la candidatura y elección presidencial de Donald Trump por el Partido Republicano en 2016 con las que facilitaron la candidatura presidencial de William Jennings Bryan en 1896 por el Partido Demócrata. El objetivo

¹ Federico Finchelstein, “Returning populism to history” en *Constellations*, vol. 21, núm. 4, 2014, p. 468.

² “(N)ationalism, promising to defend the interests of the majority against immigrant minorities and out-of-touch elites”. Véase Andreas Wimmer, “Why nationalism works. And why it isn’t going away” en *Foreign Affairs*, vol. 98, núm. 2, 2019, p. 27.

³ Pierre Rosanvallon, *Counter-Democracy: Politics in an Age of Distrust*, Cambridge University Press, Cambridge/Nueva York, 2008, pp. 265-266.

⁴ J. Eric Oliver y Wendy M. Rahn, “Rise of the *Trumpenvolk*: populism in the 2016 election” en *The Annals of American Academy*, vol. 667, núm. 1, septiembre 2016, p. 190.

central es señalar las diferencias fundamentales para evaluar el límite y los alcances del populismo a la Trump. Cabe advertir que no se trata de comparar a un político con experiencia, consecuente, principista y gran orador como William J. Bryan con un empresario, incongruente y oportunista como Donald Trump. Se trata, sí, de comprender las condiciones en las que ambos individuos lograron ser candidatos presidenciales para localizar los anclajes del populismo como tragedia primero y como farsa después.

Analizar las condiciones que permitieron al segundo elegirse como presidente permite comprender no sólo los límites políticos de su administración, sino su dinámica política que, a manera de fórmula invertida, se presenta como un populismo sin movilización de masas mayoritarias, sin liderazgo aglutinante y que cosecha del infortunio socioeconómico de minorías cultural y políticamente excluidas o de manera histórica superadas. El análisis de las características del populismo de Trump, en contraste con el de Bryan, permitirá señalar y aislar los elementos que hacen de la presidencia de Donald Trump un caso excepcional.

El populismo como tragedia

William Jennings Bryan fue electo como candidato presidencial por la Convención Nacional Demócrata el 10 de julio de 1896 con una plataforma proargentina y antiarancelaria en desafío directo a la cúpula y el orden establecido dentro del Partido Demócrata. Bryan no era ningún improvisado, pero su liderazgo y gran poder retórico no hubieran bastado para conseguir su candidatura; la clave para que Bryan fuese candidato presidencial –y aquí reside mi argumento– radica en las condiciones coyunturales de crisis en las que se encontraba la economía estadounidense y en la fractura político-sectorial de los partidos Demócrata y Republicano. Para comprender mejor los anclajes populistas a los que se refiere el argumento central en este artículo, es necesario un breve recorrido por la temprana trayectoria política de Bryan y de la historia política estadounidense de finales del siglo XIX.

William Jennings Bryan (1860-1925), originario del estado de Illinois e hijo del senador Silas Bryan, fue un abogado y político de carrera en vertiginosa ascendencia. En 1890, tras mudarse a Lincoln, Nebraska, Bryan fue electo miembro de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, donde permaneció cuatro años tras una exitosa reelección. Su capacidad oratoria le valió un importante reconocimiento entre sus contemporáneos y le permitió destacar en su papel como representante e intentar, de manera infructuosa, ser electo como senador por el estado de Nebraska en el año 1894. Los temas más relevantes en sus discursos fueron la crítica a los aranceles proteccionistas y el impulso a la libre acuñación de la plata, pero también incluían de

manera importante “el fraccionamiento de los monopolios, la regulación de ferrocarriles y bancos, la elección popular de los senadores, [los impuestos progresivos] y el voto femenino”.⁵

Durante el período entre 1895 y 1896, en el que Bryan no tuvo un nombramiento oficial, se dedicó a dar discursos y “predicar” sobre la imperiosa necesidad de reestablecer un sistema bimetálico con libre acuñación en plata a razón de 16 a uno con el oro —como era la norma de 1837 hasta 1873, cuando la administración de Ulysses S. Grant desmonetizó la plata. Bryan comprendió que, tras la Reconstrucción del sur estadounidense, el debate nacional sería uno entre deudores y acreedores, es decir, una sectorización política entre el oeste y el este, cuyo tema central sería la cuestión de la plata. Aprovechando su gran capacidad discursiva, su conocimiento sobre el tema de bimetalismo y su gran astucia política, Bryan lanzó una ofensiva para tomar por asalto a la Convención Nacional Demócrata reunida en la ciudad de Chicago en julio de 1896, en la que fue electo candidato a la presidencia. Como veremos, la fractura sectorial/regional dentro del Partido Demócrata fue el escenario perfecto.

Tras la Guerra Civil (1861-1865) y el periodo de Reconstrucción (1866-1877), el Partido Demócrata (que defendía los intereses de la población blanca, esclavista y terrateniente en el sur) había quedado confinado a la política local. La Presidencia de Estados Unidos fue consistentemente controlada por el Partido Republicano entre 1869 y 1884 hasta que Grover Cleveland (demócrata neoyorquino) ganó las elecciones, por un reducido margen, bajo un halo de integridad y honradez que contrastaba con los escándalos que merodeaban al Partido Republicano.

Cleveland era un demócrata de los llamados borbónicos, es decir, que se oponían a los altos aranceles proteccionistas y a la acuñación en plata y que proponían un astringente conservadurismo fiscal; a pesar de impulsar la reducción de la intervención del gobierno nacional en la economía, también proponía la regulación del comercio interestatal de las grandes corporaciones. Fueron precisamente los temas de aranceles, plata y regulación de comercio interestatal en los que se concentró la primera administración Cleveland. De estos tres temas sólo la creación de la Comisión de Comercio Interestatal fue exitosa; los intentos de reducción general de aranceles (que pretendía beneficiar a los consumidores por encima de los productores) y de derogación de la ley Blain-Allison de 1878 (que obligaba al gobierno federal a comprar plata y acuñar dólares en ese metal) fracasaron. Ante tal ineficacia y con la maquinaria

⁵ Louis William Koenig, *Bryan. A Political Biography of William Jennings Bryan*, Putnam, Nueva York, 1971, p. 11. Ryan no sólo influyó en la agenda futura del Partido Demócrata, sino también en políticas que hoy son componentes centrales de legislación federal: leyes antimonopolios, asistencia federal a granjeros y derechos de los trabajadores. Véase Jim Chen, “W.J.B., vox populi” en *Nebraska Law Review*, vol. 86, núm. 1, 2007, p. 181.

de los grandes monopolios apoyando al Partido Republicano, Grover Cleveland perdió la reelección en 1888.⁶

Durante la administración del republicano Benjamin Harrison (1889-1893) y con el intento de mediar entre posiciones radicales, se aprobaron en tándem dos piezas legislativas que determinaron no sólo el rumbo de dicha administración, sino el futuro inmediato de los grandes temas partidistas. Por un lado, se aprobó la ley Sherman Silver Purchase⁷ que, aunque no permitía la libre acuñación en plata, aumentaba la cantidad de este metal que el gobierno estaba obligado a adquirir cada mes y, por el otro, se aprobó la McKinley Tariff,⁸ que incrementaba de manera drástica los aranceles proteccionistas (ambas leyes fueron aprobadas en 1890). El objetivo de esta aprobación en tándem era establecer un compromiso que generara estabilidad financiera y política al país.⁹ El resultado fue otro.

A pesar de haber incorporado cuatro estados a la Unión en 1889 (Dakota del Norte, Dakota del Sur, Montana y Washington –todos estados al norte y que presuponían la ampliación de la hegemonía republicana), la dinámica político-regional estadounidense se trasladaba de haber sido predominantemente norte-sur a ser este-oeste y el tema central era ahora entre deudores y acreedores, es decir, entre las masas de granjeros y trabajadores y la élite financiero-corporativa. La consecuencia electoral inmediata fue el éxito parcial del recién creado Partido Populista (su candidato James B. Weaver obtuvo 22 votos electorales, todos obtenidos de estados del noroeste) que erosionó la base electoral republicana y permitió así la segunda apretada elección de Grover Cleveland como presidente en 1892.

La segunda administración Cleveland y el llamado “pánico del ’93” acabaron poniendo la mesa para la ascendencia del populismo argentista al interior del Partido Demócrata. En febrero de 1893, poco tiempo después de que inaugurara la segunda presidencia de Cleveland, comenzaron a aparecer los primeros signos de depresión

⁶ Henry F. Graff, *Grover Cleveland*, Times Books, Nueva York, 2002, pp. 67-97, y Bruce Fish y Becky Durost Fish, *The History of the Democratic Party*, Chelsea House Publishers, Filadelfia, 2000, pp. 32-35.

⁷ Darcy G. Richardson, *Others. Third Parties During the Populist Period*, vol. II, iUniverse Inc., Nueva York, 2007, p. 160.

⁸ Cynthia Clark Northrup (ed.), *The American Economy: A Historical Encyclopedia*, vol. one: Short Entries, ABC-CLIO Inc., Santa Barbara, 2003.

⁹ *The New York Times*, que había denunciado la naturaleza del trueque legislativo, insistía en mayo de 1861: “La aprobación de la McKinley Tariff fue realizada por medio de una negociación con los senadores republicanos argentistas a cambio de la aprobación de la ley Silver Purchase (...). Los senadores republicanos argentistas no dudaron en declarar, incluso en el pleno del Senado, que no les importaba mucho la tarifa propuesta por McKinley, la cual podría, en su opinión, dañar en vez de beneficiar a la población de sus estados”. Véase “The Silver-Tariff Bargain” en *The New York Times*, 1 de mayo de 1896, p. 4.

económica y hubo una importante corrida de oro; la respuesta de Cleveland fue la derogación de la ley Sherman Silver Purchase, lo que significó su desencuentro tanto con los populistas como con los demócratas argentistas. A la grave crisis económica nacional (que llevó al cierre de decenas de bancos, una alta tasa de desempleo y a una grave reducción en las reservas de oro nacionales) se sumó la violenta respuesta del gobierno federal a la huelga de los trabajadores de la ferroviaria Pullman en Chicago en julio de 1894. El cisma dentro del Partido Demócrata era inevitable¹⁰ y William Jennings Bryan era la persona indicada, en lugar y tiempo oportunos, para tomar ventaja de él.

Bryan dirigió una campaña de rampante crítica en contra tanto de republicanos como de demócratas borbones aliados con la administración Cleveland, a quienes acusaba de defender los intereses de las grandes corporaciones financieras y monopolios industriales y de tener al país en crisis económica.¹¹ Como indica Louis Koenig: “Bryan competía no sólo por su primacía en un partido político, también contendía por liderar un movimiento social. El movimiento argentinista era la respuesta social y política a la situación de crisis (...) Nada de lo que había realizado la administración Cleveland apegada a políticas financieras conservadoras había conseguido mitigar la severidad de la crisis”.¹² La campaña de Bryan se presentó como el renacimiento democrático heredero de Thomas Jefferson y Andrew Jackson, pero en vez de defender los derechos de los estados se declaraba defensor de los derechos de los desposeídos, de los explotados, de los excluidos económicamente por la gran concentración de capital y en materia política por el gran poder de los monopolios.¹³

¹⁰ Desde 1876 la plataforma del Partido Demócrata era de carácter “reformista”, demandaba una política monetaria sólida, “la restauración del crédito público [y en el tema de aranceles] la corrección de abusos que habían empobrecido muchas industrias para subsidiar a unas pocas”, mientras que el Partido Republicano era acusado “por su característico y resuelto espíritu de atraso en cuanto a asuntos de demanda popular; su sometimiento a intereses especiales y degenerar en ‘una organización para enriquecer a quienes controlan su maquinaria’”. Walter W. Spooner, *The Democratic Party*, The Liberty History Company, Nueva York, 1920, pp. 92 y 98.

¹¹ Bryan no sólo luchó contra la alianza tradicional entre republicanos y grandes intereses financieros e industriales y a favor de los intereses de los olvidados, de las víctimas de la modernización (...) intentó capturar el voto de los trabajadores que se habían alineado al Partido Republicano a pesar de que este partido se alineaba a la vez con los intereses de las grandes corporaciones. Véase William G. III Thomas, “William Jennings Bryan, the railroads, and the politics of ‘workingmen’” en *Nebraska Law Review*, vol. 86, núm. 1, 2007, pp. 161-179.

¹² Louis William Koenig, *op. cit.*, p. 176.

¹³ “Cada grupo industrial y cada gran monopolio estaba casi directamente representado en los consejos políticos de la nación”. Véase Matthew Josephson, *The Robber Barons. The Great American Capitalists, 1861-1901*, Harcourt, Nueva York, 1962, pp. 347-374, y José Luis Orozco, *La revolución corporativa*, Hispánicas, México, 1987.

El importante aumento de popularidad de Bryan se consolidó alrededor de su liderazgo respecto al tema de la plata, que ponía énfasis en los ciudadanos deudores y consumidores frente a los acreedores y productores. Mientras tanto, la administración Cleveland caía en desgracia tras tres decisiones de la Suprema Corte de Justicia que evidenciaban el gran poder que tenían los monopolios y que llevaron a la cárcel a Eugene V. Debs por desacato durante su liderazgo en la huelga de los trabajadores de la ferrocarrilera Pullman. En este contexto, y tras lograr colocar el tema de la acuñación en plata (o bimetalismo) en la plataforma de la Convención Demócrata de Nebraska e imponerse por sobre los demócratas locales alineados con la administración Cleveland, Bryan lanzó una prudente, pero perspicaz, ofensiva para obtener la nominación presidencial.

La Convención Nacional reunida en la ciudad de Chicago fue testigo de una paciente y sutil estrategia que permitió a Bryan presentar su elocuente y hercúleo discurso hasta el final de los debates y comparecer como la gran opción de candidato, una vez que los intentos iniciales hubiesen fracasado.¹⁴ Fue hasta la quinta ronda de votación que Bryan fue electo como candidato presidencial demócrata. Su tono populista/argentista es evidente en su discurso de aceptación de la nominación de la candidatura a la presidencia que ofreció en el Madison Square Garden de Nueva York el 10 de agosto siguiente. Neoyorquinos, exclamaba Bryan, “no pueden darse el lujo de sumarse a los mercaderes del dinero apoyando una política fiscal que, al destruir el poder adquisitivo de los productos del trabajo, no hace sino desalentar la producción de la riqueza”; ningún gobierno, argumentaba, “merece ser llamado como tal si no es capaz de proteger de toda amenaza a su ciudadano más humilde. La conclusión necesaria es que toda legislación perversa debe de ser rectificada por la gente que sufre sus efectos, y no por aquellos que gozan de sus beneficios”. Frente a lo que los argentistas consideraban la imposición del patrón oro desde el exterior, Bryan explica con elevado tono nacionalista: creo “que expreso el sentimiento de la vasta mayoría de los estadounidenses cuando afirmo que una política financiera inteligente administrada en nombre de todo el pueblo hará a nuestro gobierno independiente de cualquier combinación de financieros, extranjeros o domésticos”, y agregaba “No podemos imponer respeto por nuestra política exterior mientras seamos incapaces de establecer nuestra propia política fiscal”.¹⁵

El populismo argentista de William J. Bryan fue exitoso en parte debido tanto a la grave crisis económica como a la división dentro del Partido Demócrata. Su campaña

¹⁴ Discurso llamado “La cruz de oro” o “La corona de espinas”. Véase William Jennings Bryan, *Speeches of William Jennings Bryan*, vol. 1, Funk & Wagnalls Company, Nueva York, 1913, pp. 328-349.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 250-290.

presidencial se presentó con una retórica que enfatizaba la defensa del ciudadano común, es decir, el productor agrícola, el obrero y el pequeño empresario, ante el poderoso andamiaje financiero-político de los grandes monopolios y los grandes bancos (*Wall Street*). Para Bryan, la batalla era entre dos modelos de gobierno: “uno sostiene que ‘si se legisla para hacer prosperar a los que más tienen, la prosperidad se extenderá hacia los que menos tienen’; una teoría opuesta, o ‘democrática’, sugiere que ‘si se legisla para hacer prosperar a las masas, dicha prosperidad ascenderá a todas las clases superiores’”; evidentemente, para el populismo argentinista el modelo virtuoso era el segundo.¹⁶ El agotamiento del sistema bimetálico (que también ya había fracasado en México) permitió poner al centro del debate la libre acuñación de plata para intentar así amalgamar las fuerzas disidentes del Partido Demócrata tanto del oeste como del sur.¹⁷ De manera paradójica, el mismo argentinismo sería clave en el fracaso de la apuesta presidencial de Bryan, ya que los demócratas borbones defensores inflexibles del patrón oro se escindieron por completo y formaron un nuevo partido (el Partido Nacional Demócrata) que participaría por única vez en las elecciones de 1896 y que restó toda fuerza a la candidatura de Bryan en los principales centros urbano-industriales de Nueva York, Pensilvania, Ohio e Illinois.

El nacionalismo populista sería el tema central en las siguientes dos campañas presidenciales que Bryan realizó en los años 1900 y 1908 corriendo con la misma suerte; es decir, ganando de forma consistente el voto sureño, pero perdiendo en mayor medida el voto del oeste estadounidense. Las razones por las que Bryan fracasó las tres veces que fue candidato a la presidencia fue porque —*vis à vis* al desorden y a la realineación dentro del Partido Demócrata— el Partido Republicano se mantuvo disciplinado y cohesionado alrededor de un proyecto nacional de modernización, industrialización y expansionismo económico-militar (además de hacer suyas las propuestas progresistas *anti-trust* de los demócratas borbones). Tras tres campañas electorales, el populismo de Bryan fue condenado a ser una tragedia política.

El populismo como farsa

Donald John Trump fue electo candidato presidencial por la Convención Nacional Republicana el 19 de julio de 2016 y presidente de los Estados Unidos de América el 8 de noviembre del mismo año, con una plataforma populista, nacional-xenofóbica

¹⁶ Louis William Koenig, *op. cit.*, p. 197.

¹⁷ “(...) un Bryan inteligente, que se distanció del ala Este de su propio partido (...) [y] se propuso liberar al hombre común del sometimiento económico (...)”. Véase Francis W. Schruben, “William Jennings Bryan, reformer” en *Social Studies*, vol. 55, núm. 1, 1964, p. 15.

y proteccionista en desafío directo —como en el caso de William Jennings Bryan— tanto a la cúpula y el orden establecido tanto dentro del Partido Republicano como de la administración de Barack Obama. Siendo empresario y personalidad televisiva con un perfil político improvisado, la exitosa candidatura presidencial de Donald Trump se debió, prosigo con mi argumento, a las condiciones coyunturales de crisis de representación en las que se encuentran ambos partidos, el Republicano y el Demócrata.

La disfuncionalidad representativa del Partido Republicano tiene sus raíces en la administración de George W. Bush que, tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, de las subsecuentes invasiones a Afganistán e Iraq y de la crisis financiera de 2008, terminó haciendo evidente que, con el pretexto de la seguridad nacional, las cúpulas partidistas eran aliadas de las grandes corporaciones.¹⁸ El Partido Republicano se fragmentó al interior con la fundación de organizaciones conservadoras-libertarias, como es el caso de Freedom Works, y como reacción a la presidencia Obama los Tea Party Patriots y el National Tea Party en 2009 y 2010. Estas organizaciones no conformaron partidos políticos independientes, sino que se mantuvieron dentro del Partido Republicano como un ala radical conservadora.¹⁹

La relevante pero evidente posición minoritaria de estos grupos conservadores y nacionalistas explican las candidaturas vicepresidenciales de Sarah Palin y de Paul Ryan en 2008 y 2012, respectivamente. La necesidad de mantener alineado al partido

¹⁸ Chantal Mouffe y Nancy Fraser han explicado este fenómeno desde diferentes perspectivas: la primera ha denunciado la desradicalización del liberalismo político y la segunda el “neoliberalismo progresista”. Chantal Mouffe, *The Democratic Paradox*, Verso, Nueva York, 2000; Johanna Brenner y Nancy Fraser, “What is progressive neoliberalism? A debate” en *Dissent*, 64 (2), 2017. Véase también Sheldon S. Wolin, *Democracy Incorporated: Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism*, Princeton University Press, Princeton, 2008, pp. 131-210; Michael T. Klare, *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*, Metropolitan Books, Nueva York, 2001; Jeremy Scahill (2007), *Blackwater: The Rise of the World's Most Powerful Mercenary Army*, Nation Books, Nueva York, 2007, pp. 25-47 y 167-179.

¹⁹ “Oponiéndose a lo que veían como el crecimiento excesivo del gasto público y el poder del gobierno bajo el presidente Barack Obama, republicanos e independientes afines (respaldados por simpatizantes adinerados) pronto construyeron una red de organizaciones en todo Estados Unidos. Energizados hasta cierto punto por una cobertura persistentemente favorable en Fox News (...) los activistas del *Tea Party* rápidamente sacudieron la política estadounidense y contribuyeron a la ola de sentimiento antigubernamental que hizo de las elecciones de 2010 una importante derrota demócrata. El ascenso del movimiento *Tea Party* ha sido el desarrollo más controvertido y dramático en la política de Estados Unidos en muchos años. Los partidarios lo han elogiado como un retorno a los valores centrales de Estados Unidos; los opositores lo han visto como una protesta racista, reaccionaria y en última instancia fútil contra la realidad emergente de un Estados Unidos multicultural y multirracial y una nueva era de activismo gubernamental”. Walter Russell Mead, “The Tea Party and American foreign policy: what populism means for globalism” en *Foreign Affairs*, vol. 90, núm. 2, marzo-abril 2011, p. 29.

requería de este tipo de compromisos electorales entre el *establishment* y el ala conservadora del partido. El resultado fue el fracaso de dos campañas presidenciales y la persistencia de la fractura al interior del partido.

Durante el presente siglo, el Partido Republicano se ha mantenido a flote sobre una balsa inconsistentemente ensamblada en forma de una “alianza” entre agrupaciones minoritarias muy diversas. Esta “alianza” incluye tradicionalistas, conservadores constitucionalistas, diferentes denominaciones cristianas incluyendo evangelistas, republicanos pro *business*, defensores de un gobierno nacional limitado, proponentes que exigen una fuerte defensa nacional, supremacistas blancos, aislacionistas, intervencionistas, neoliberales que defienden el libre comercio y otros que reclaman proteccionismo. Ante esta enorme diversidad de agrupaciones (e intereses) en su interior, el *establishment* del partido había optado por defender y abanderar aquellos que mayor aceptación nacional tuviesen sin comprometer su integridad política ni la personalidad del partido mismo.

La crítica y presión desde las bases del Partido Republicano habían sido desatendidas por la alta improbabilidad de montar una campaña política abiertamente xenófoba, racista y capaz de convivir con asombrosas teorías de conspiración, hasta que lo intentó Donald Trump. Sin mayores compromisos políticos, con poco que perder (ya que su campaña presidencial asemejaba más una campaña publicitaria) y con el pertinaz apoyo de figuras mediáticas de la derecha radical (Rush Limbaugh, Steve Bannon y Sean Hannity, entre otros) Trump lanzó una campaña política que desvergonzadamente convocó a todas las facciones del partido.

Sin un discurso o ideología coherente o realmente articuladora, la campaña de Trump se concentró, de modo fundamental, en decirle al público en turno lo que quería escuchar. En otras palabras, el discurso político de Donald Trump se caracterizó por ser *crowd pleasing*, y eso movilizó a facciones del partido velando sus incompatibilidades. Conforme avanzó la campaña se fue confirmando la sospecha del candidato: podría “pararse en medio de la Quinta Avenida y dispararle a alguien y no perdería un solo voto”.²⁰

Así, la falta de liderazgo y la multiplicidad de intereses dentro del Partido Republicano resultó ser el contexto perfecto para la candidatura de Donald Trump. Su discurso descalificador y su extraordinario uso de los medios (sociales y no) le permitió imponer tema y agenda a las campañas de elección primaria dentro del partido. Los contundentes ataques de Trump hacia el *establishment* del partido, aprovechando la generalizada impopularidad de los políticos profesionales, le permitieron predominar durante las elecciones primarias por sobre políticos

²⁰ Donald Trump, discurso en un mitin de campaña en Iowa el 23 de enero de 2016. Véase <https://edition.cnn.com/2016/01/23/politics/donald-trump-shoot-somebody-support/index.html>

experimentados como Jeb Bush, John Kasich, Chris Christie, Ted Cruz y Marco Rubio entre otros. A excepción de los dos primeros, el resto de los contendientes por la candidatura presidencial decidieron sumarse a la campaña y apoyar la administración Trump, sorprendidos por la importante movilización que era capaz de realizar el candidato e incapaces de contrarrestar la narrativa que lo encumbraba como un líder carismático.

En contraste con lo sucedido en 1896 con la candidatura populista de William Jennings Bryan—cuando el Partido Republicano se mantuvo alineado—, la candidatura de Donald Trump enfrentó un Partido Demócrata en crisis identitaria y de programa. Desde la presidencia de Bill Clinton (cuando el vocablo clave era el “bipartidismo”), los demócratas se alejaron paulatinamente de sus bases de trabajadores y desestimaron las agendas sociales y económicas de la “América rural”. Tras la presidencia de George W. Bush (y la grave crisis económica de 2008), Barack Hussein Obama realizó una vertiginosa carrera a la Presidencia con una campaña descalificada como “populista”. Tras ser senador estatal en el estado de Illinois por siete años, Obama fue electo al Senado de Estados Unidos en 2004 y como presidente en 2008. El principal lema de su campaña fue el “Cambio”, el cual no sólo se refería a la administración Bush, sino también al *establishment* del Partido Demócrata, que en ese momento fue representado por la candidatura de la senadora Hillary Rodham Clinton en las elecciones primarias.

Ocho años después, sin embargo, la falta de resultados por parte de la administración Obama legó un partido con una mayor división. Cuando Hillary Clinton se presentó de nuevo en las elecciones primarias de 2016 como contendiente por la presidencia se encontró de nuevo con un rival antisistema: Bernie Sanders. Esta vez Clinton ganó la candidatura, pero de un Partido Demócrata fracturado, ideológicamente bifurcado y estratégicamente debilitado. El resultado fue la inoperancia del partido en términos de movilización de electores y el improbable triunfo del partido Republicano.

De manera tal que las condiciones en las que Donald Trump ganó la candidatura primero y la presidencia después son de crisis al interior no de uno, sino de los dos principales partidos políticos, y es por ello que su apuesta populista—a diferencia de aquella lanzada un siglo antes por Bryan— fue exitosa.²¹ Las consecuencias de la inoperancia partidista y de la impopularidad de Hillary Clinton hacen de la elección presidencial de Trump algo extraordinario.

²¹ Un hecho que evidenció la falta de coherencia y de liderazgo efectivo dentro de los dos partidos es la cantidad de aspirantes a las dos candidaturas: 17 precandidatos republicanos y cinco demócratas. La mayor cantidad de precandidatos hasta entonces en la historia de Estados Unidos. Jack Linshi, “It’s official; more people are running for presidential nomination than ever” en *Time*, 8 de julio de 2015.

El triunfo de Donald Trump en 2016 evidencia tanto el anticuado sistema electoral estadounidense como el frágil equilibrio del que depende su legitimidad y la posibilidad de su reelección. Sin entrar en muchos detalles, la elección indirecta a través de un colegio electoral del presidente estadounidense tenía dos objetivos centrales: primero, garantizar un equilibrio de poder entre los estados de la unión y el gobierno federal al reconocer a los estados como unidades electorales; y segundo, asegurar que la elección presidencial estuviese tan lejana como fuese posible de los “deseos del público” y el “menudo arte de la popularidad”.²² El Colegio Electoral debía fungir como un conjunto de notables electos específicamente para elegir no al más popular, sino al más capaz. En pocas palabras, el colegio tenía el objetivo de marginar el populismo y, por ello, la elección del presidente estadounidense requiere una mayoría de votos electorales independientemente del voto popular (republicana y no democráticamente, tal y como argumentaban los padres fundadores).

La peculiaridad del caso Donald Trump no reside en el hecho de que un “populista” haya conseguido ganar las elecciones presidenciales (como se puede argumentar fue el caso de Andrew Jackson en 1828). Tampoco reside en el hecho de que haya ganado habiendo perdido el voto popular (también lo hicieron así Rutherford B. Hayes en 1876, Benjamin Harrison en 1888 y George W. Bush en 2000). La particularidad en el caso de Trump reside en haber ganado las elecciones con una agenda populista obteniendo una considerable minoría del voto popular; es decir, al ganar en forma de un populismo de minoría que es en estricto opuesto al objetivo del diseño del Colegio Electoral.

El contenido del “populismo” de Donald Trump permeó sus discursos durante su larga campaña. Esta diatriba populista tuvo quizás su más clara articulación en el discurso inaugural como presidente; sus primeras palabras expresan a la perfección sus cimientos retóricos:

Los ciudadanos de América nos unimos en un gran esfuerzo nacional para reconstruir nuestro país y restaurar su promesa para todo nuestro pueblo (...) hoy no estamos simplemente transfiriendo el poder de una administración a la otra, o de un partido al otro, sino que estamos transfiriendo el poder de Washington D.C. y regresándoselos a ustedes el pueblo. Por mucho tiempo un pequeño grupo en la capital de la nación ha cosechado las ganancias de gobernar mientras el pueblo ha padecido el costo.²³

Make America great again es un llamado a la movilización electoral bajo el argumento de que el pueblo estadounidense ha sido abusado por la élite política, por

²² Alexander Hamilton, “No. 68” en *The Federalist*, Liberty Fund, Indianapolis, 2001, pp. 351-355.

²³ Donald Trump, *The Inaugural Address*, 20 de enero de 2017, disponible en <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/the-inaugural-address/>

las grandes empresas (no porque concentren gran parte del capital, sino porque lo exportan junto con las fuentes de trabajo), y por los migrantes (en especial de origen musulmán e hispano) que ponen en riesgo no sólo la seguridad nacional, sino la seguridad laboral del estadounidense común.

Similar al llamado de Bryan por un gobierno “capaz de proteger de toda amenaza a su ciudadano más humilde”, Trump dice estar convencido de que “una nación existe para servir a sus ciudadanos [y atender las] demandas justas y razonables de un pueblo honrado”. *Make America great again* incluye también un discurso de política y comercio exterior cimentado sobre un sentimiento de agravio o abuso: “Por muchas décadas”, afirmó Trump en su discurso inaugural, “hemos enriquecido industrias extranjeras a expensas de la industria nacional; hemos subsidiado los ejércitos de otros países mientras permitíamos el triste agotamiento de nuestro ejército; hemos defendido las fronteras de otros mientras nos rehusamos a defender la propia”.²⁴

Es necesario interpretar la diferencia entre los votos electorales obtenidos por Trump (304 de 538 posibles) y la dimensión de su desventaja en términos de voto popular como un problema de legitimidad y no de legalidad. En las elecciones de 2016, Hillary Clinton obtuvo 2.8 millones de votos más que Donald Trump. Esto sucedió en buena medida porque los demócratas perdieron estados clave como Wisconsin y Michigan, en donde la mitad de los electores que votaron por Obama en 2012 lo hicieron por Trump en 2016; estos últimos consideraban que las políticas demócratas favorecerían a los más ricos y además —en claro ejemplo de voto de castigo al *establishment* partidista representado por Clinton— el 30 por ciento de estos votantes dijeron que su voto era más un voto contra Hillary Clinton que a favor de Donald Trump.²⁵

Pero el problema de legitimidad no se limita sólo al importante déficit de 2.8 millones de votos de Trump *vs.* Clinton: también es necesario tomar en cuenta que en 2016 Donald Trump obtuvo 6.5 millones de votos menos que Barack Obama en 2008.²⁶ La elección de “populismo de minoría” de Trump es sólo un ejemplo de una compleja dinámica contemporánea de falta de correspondencia entre el voto popular y la representación política en Estados Unidos. Por ejemplo, en 2016 los republicanos mantuvieron el control del Senado perdiendo sólo dos curules a pesar de haber obtenido 10 millones de votos menos que los candidatos demócratas, y en 2018 los republicanos ganaron dos posiciones el Senado a pesar de haber obtenido 12 millones de votos menos que los candidatos demócratas. En el caso de la presidencia, sólo un

²⁴ *Idem.*

²⁵ Priorities USA (Global Strategy Group y Garin Hart Yang), *Post-Election Research: Persuadable and Drop-Off Voters*, abril 2017.

²⁶ Federal Election Commission, *Federal Elections 2016*, Washington D.C., 2017.

candidato republicano ha obtenido la mayoría del voto popular desde 1988 (es el caso de Bush en 2004). Esto explica la insistencia de los republicanos tanto en mantener y ampliar su capacidad local de redistribución (*gerrymandering*), así como en ampliar los límites de registro electoral y voto.²⁷

La ironía del populismo de Trump no sólo reside en su elección con un amplio déficit de voto popular, sino en el contexto mismo de la elección. El agravio que sostenía la retórica populista de William Jennings Bryan tenía como contexto la peor crisis económica en Estados Unidos durante el siglo XIX, cuando ese país no era aún una potencia mundial y sus ciudadanos podrían reclamar intervencionismo extranjero, mientras que el contexto del discurso de Donald Trump es el de la principal potencia militar en el mundo tras un exitoso proceso de recuperación económica después de la crisis financiera de 2008-2009. Esta ironía es el núcleo del populismo invertido y farsante de Donald Trump.

Exactamente en el sentido inverso al que Bryan proponía, Trump ofreció y ha puesto en marcha —envuelto en un halo de redención popular nacionalista— un programa económico/fiscal que reduce enormemente la carga fiscal a los más ricos y a las grandes corporaciones. En el esquema de dos modelos de gobierno de Bryan, la política fiscal de la administración Trump es un modelo antidemocrático que sostiene que si se legisla para hacer prosperar a los que más tienen, la prosperidad se extenderá hacia los que menos tienen (*trickle down economics*).²⁸

Una clara muestra de la farsa populista de Trump es el uso de aranceles como arma de política exterior. A contracorriente del populismo del siglo XIX que se dedicó a exigir la reducción de los aranceles proteccionistas (en especial la derogación del McKinley Tariff) que dañaron profundamente la economía de los consumidores estadounidenses, la administración Trump ha hecho uso sistemático de imposición de medidas arancelarias contra productos provenientes tanto de enemigos/competidores como de aliados históricos como países de la Unión Europea (en especial Francia). El gobierno de Donald Trump estableció aranceles de 25 por ciento a la importación de acero y de 10 por ciento a la de aluminio como medidas retaliatorias a Canadá y México. Dos elementos hay que rescatar del discurso con el que se anunciaron los aranceles en marzo de 2018: primero, sólo un populismo invertido como el abanderado por Trump puede intentar hacer pasar a William McKinley —quien

²⁷ Véase Fred Hiatt, “Why the Republicans’ strategy is to keep as many people as possible from voting” en *The Washington Post*, 14 de junio de 2020, disponible en https://www.washingtonpost.com/opinions/republicans-2020-strategy-is-to-prevent-as-many-people-as-possible-from-voting/2020/06/14/110271d6-ace3-11ea-94d2-d7bc43b26bf9_story.html

²⁸ Véase Robert Reich, “Why do we need rise-up economics, not trickle-down?”, febrero 2018, disponible en <http://robertreich.org/post/171361714715>

precisamente ganó la presidencia a Bryan en 1896 con un discurso antipopulista—como un campeón de las causas populares. Sin noción alguna de la ironía implícita, Trump cita a McKinley en su discurso: “La política del arancel proteccionista de los republicanos ha hecho la vida de masas de conciudadanos más agradable y radiante; es lo mejor para nuestros ciudadanos y nuestra civilización y hace posible un mejor destino para nuestro pueblo”. Trump enunciaba esto sin (re)conocer que el arancel McKinley sólo subsistió por cuatro años y que fue reemplazado por uno mucho menor (Wilson-Gorman Tariff, 1894).

El segundo elemento a rescatar es la táctica nixoniana de esgrimir un argumento de seguridad nacional para utilizar una herramienta económica con fines políticos. Como explica Arthur Schlesinger Jr., en *The Imperial Presidency*:

[Richard] Nixon comprendió, antes que nada, la potencialidad política de una economía administrada (...) El control de precios, la reducción de impuestos, subsidios, aranceles, cuotas de importación eran otras herramientas para la manipulación presidencial (...) El constante déficit en la balanza comercial llevó a Nixon a pedir al Congreso en abril de 1973 que delegara a la Presidencia una autoridad discrecional para cambiar aranceles y otras barreras comerciales mayor a la que tuvieron previos presidentes. Se pueden ofrecer argumentos sólidos sobre los méritos tanto de un sistema de control como de la ley de comercio; pero los problemas persisten cuando un presidente usa poderes económicos con fines políticos.²⁹

El discurso con el que Trump presentó los aranceles al acero y al aluminio está forzosamente plagado de alusiones a la seguridad nacional debido a que están sustentados en un estudio sobre el efecto de la importación de acero sobre la seguridad nacional, realizado por el Departamento de Comercio, concluido en enero de 2018. El estudio reza: “el desplazamiento de acero doméstico por importaciones excesivas y el consiguiente impacto adverso (...) están” debilitando nuestra economía interna “y por lo tanto” amenaza con perjudicar “la seguridad nacional como se define en la Sección 232”³⁰ y en específico recomienda:

que el Presidente tome medidas inmediatas ajustando el nivel de las importaciones mediante cuotas o aranceles sobre el acero importado en los Estados Unidos, así como acciones adicionales directas para mantener la industria siderúrgica de los Estados Unidos financieramente viable y capaz de satisfacer las necesidades de seguridad nacional de los Estados Unidos. La cuota o tarifa impuesta debería ser suficiente, después de tomar en

²⁹ Arthur M. Schlesinger, *The Imperial Presidency*, Houghton Mifflin, Boston, 1973, pp. 227 y 228.

³⁰ U.S. Department of Commerce, *The Effect of Import of Steel on the National Security. An Investigation Conducted under Section 232 of the Trade Expansion Act of 1962, as Amended*, 2018, p. 55.

cuenta cualquier exclusión, para permitir que los productores de acero estadounidenses puedan operar aproximadamente a un 80 por ciento o más de la tasa de utilización de la capacidad de la industria en función de la capacidad disponible en 2017.³¹

“Industrias fuertes del acero y del aluminio son vitales para nuestra seguridad nacional, absolutamente vitales” asegura Trump en su discurso; la destrucción de comunidades enteras debido al comercio injusto de acero “no es sólo un desastre económico sino también uno de seguridad (...) Hoy estoy defendiendo la seguridad nacional de los Estados Unidos al establecer [estos] aranceles (...) las acciones que estamos iniciando el día de hoy no son opcionales, sino una necesidad para nuestra seguridad”.³² La “Columna II” de la Estrategia Nacional de Seguridad publicada en diciembre de 2017 afirma que “los desafíos económicos nacionales exigen entender la prosperidad económica como un pilar de la seguridad nacional”.³³

El establecimiento de estos aranceles y su argumentación como tema de seguridad nacional no es una sorpresa. La seguridad económica como seguridad nacional es el tema focal en el populismo nacionalista y xenofóbico de la campaña y el gobierno de Donald Trump, pero también lo es un discurso populista que no convoca a una mayoría nacionalista sino a minorías (blancas y conservadores) que dicen ser la “verdadera América”. Esto es evidente en el posicionamiento de su administración con respecto a la discriminación y violencia sistemática contra individuos de raza negra por gran parte de las corporaciones policíacas estadounidenses. El menosprecio de las demandas articuladas alrededor del movimiento *Black lives matter* y la descalificación de toda política progresista, como de “izquierda radical” o incluso “socialista”, atiende las demandas de su base electoral minoritaria, pero inhibe la posibilidad de incrementarla.

Es por ello que, en las encuestas de preferencia electoral, desde julio de 2020, Joe Biden, el candidato presidencial demócrata, presenta una ventaja de entre cinco y diez por ciento sobre Donald Trump. Es cierto que las encuestas nacionales no son indicativas, debido a que la elección indirecta de presidente requiere de una suma estratégica de votos por estado, pero son relevantes con respecto a la probable diferencia en el resultado de voto popular. Las tendencias dicen que si Biden gana las elecciones lo hará con una importante ventaja en el voto electoral (*landslide*), pero si el

³¹ *Ibidem*, p. 58.

³² <https://www.c-span.org/video/?442308-1/canada-mexico-excluded-newly-signed-tariffs> Véase también <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/president-donald-j-trump-will-protect-american-national-security-effects-unfair-trade-practices/> y <https://www.whitehouse.gov/presidential-actions/presidential-proclamation-adjusting-imports-steel-united-states/>

³³ Véase The White House, *National Security Strategy of the United States of America*, 2017, pp. 17-23, disponible en <https://www.whitehouse.gov/articles/new-national-security-strategy-new-era/>

presidente Trump se reelige lo hará con un déficit del voto popular aun mayor al de 2016. El populismo inverso de Trump muestra, así, sus límites electorales.

Los alcances del populismo como farsa

El exitoso populismo a la Trump ha sido posible debido a varias razones. Señalo tres derivadas del análisis aquí presentado:

Primero: en contraste con la tragedia populista de William Jennings Bryan de finales del siglo XIX, cuando Donald Trump tomó por asalto la nominación del Partido Republicano, derrotando a personalidades importantes del *establishment* (como es el caso de Jeb Bush y Ted Cruz), no se generó una escisión en el partido. A pesar de que republicanos más tradicionales nunca estuvieron de acuerdo con la candidatura de Trump (incluyendo a Mitt Romney, John McCain, Colin Powell, Bill Kristol y el expresidente George W. Bush, entre otros), la gran mayoría tuvo que aceptarla como *fait accompli* y lidiar con el fenómeno de creciente “trumpización” de su base electoral.³⁴ Miembros del Partido Republicano y del propio gabinete han tenido que resguardarse bajo el incómodo paraguas populista de la administración Trump sin otra opción que una suerte de ostracismo (suerte que han sufrido aquellos que no se han alineado del todo a los deseos del presidente). A pesar de la importante fuerza centrípeta a la que ha sido sometido, el Partido Republicano se mantiene en una sola, aunque vacilante pieza.

El discurso aglutinante de minorías de Donald Trump encontró un espacio perfecto entre las grietas de la desarticulación ideológica del Partido Republicano. Las minorías amasadas por el populismo “a la Trump” incluyen “conservadores constitucionales”, “conservadores sociales”, “*alt-right*” (supremacistas blancos) y “*libertarians*”, que no son fácilmente compatibles. Un partido de minoría, como el Republicano—a pesar de que el sistema le permite un amplio margen de capitalización política—,³⁵ no puede desafiar frontalmente el único eje articulador que ha tenido en décadas (es decir, el populismo a la Trump), a pesar de que éste no haya surgido de sus filas. Donald Trump no sólo tomó al partido por asalto durante las primarias: lo ha mantenido como rehén político durante su mandato y su campaña de reelección.

Segundo: a diferencia de la solidez del Partido Republicano que se alineó jubilosamente bajo el liderazgo de William McKinley en 1896, cerrando por completo

³⁴ Gallup ha reportado una aprobación del rol presidencial de Donald Trump entre republicanos que fluctúa entre 77 por ciento y 94 por ciento (91 por ciento en julio de 2020). Véase <https://news.gallup.com/poll/203198/presidential-approval-ratings-donald-trump.aspx>

³⁵ Véase “America’s electoral system gives the Republicans advantages over Democrats” en *The Economist*, 12 de julio de 2018, disponible en <https://www.economist.com/briefing/2018/07/12/americas-electoral-system-gives-the-republicans-advantages-over-democrats>

la puerta de la presidencia a William Jennings Bryan, el Partido Demócrata que postuló a Hillary Clinton en 2016 era un partido dividido con un perfil ideológico segmentado. Los embates “populistas” de Barack Obama, en 2008, y de Bernie Sanders, en 2016 y 2020, eran muestras sintomáticas de la falta de sintonía del partido con su base electoral. En 2016 esta dislocación bastó para que la atrofia y desmovilización del electorado demócrata le diera a Donald Trump el triunfo de la elección presidencial; Hillary Clinton perdió los estados de Wisconsin, Michigan y Pensilvania por un margen de alrededor de 77 mil votos, cuando Obama en 2012 ganó esos mismos estados con un margen mayor a 1 800 000 votos a favor. Sólo en caso de que el populismo invertido de la administración Trump sea bienvenido por los votantes de estados clave como Pensilvania, Ohio, Michigan y Wisconsin, la estrategia funcionará a favor del presidente y de los republicanos en el Congreso en 2020.

Esto me lleva al tercer y último ejemplo del populismo invertido contemporáneo en Estados Unidos. A diferencia de William Jennings Bryan, quien contendía no sólo por su primacía en un partido político, sino por liderar un movimiento social, Donald Trump no lidera un partido político y mucho menos un movimiento social: es un caso *sui generis* de populista independiente (algo así como un *lone-rider populist*) que no encabeza movimiento alguno, sino que personifica —mientras potencializa— el enojo y la frustración de minorías conservadoras y xenófobas que sienten afectados sus derechos tradicionales y sus privilegios raciales. Por sus características, muy probablemente el populismo de Trump no herede al Partido Republicano una ideología cohesionadora, sino un enorme reto de rearticulación discursiva; para sobrevivir y dejar de ser representantes de minorías conservadoras, los Republicanos tendrán que refundar su partido.

El sistema de pesos y contrapesos estadounidense, e incluso el sistema comercial internacional, están siendo puestos a prueba por este populismo de minoría que se presenta como una grotesca farsa en escena. Su capacidad de permanencia será pronto probada en las urnas.

Fuentes consultadas

- Brenner, Johanna y Nancy Fraser, “What is progressive neoliberalism? A debate” en *Dissent*, 64 (2), 2017.
- Bryan, William Jennings, *Speeches of William Jennings Bryan*, vol. 1, Funk & Wagnalls Company, Nueva York, 1913.
- Chen, Jim, “W.J.B., vox populi” en *Nebraska Law Review*, vol. 86, núm. 1, 2007.
- Federal Election Commission, *Federal Elections 2016*, Washington D.C., 2017.

- Finchelstein, Federico, "Returning populism to history" en *Constellations*, vol. 21, núm. 4, 2014.
- Fish, Bruce y Becky Durost Fish, *The History of the Democratic Party*, Chelsea House Publishers, Filadelfia, 2000.
- Gallup poll, Presidential approval ratings, 2020, disponible en <https://news.gallup.com/poll/203198/presidential-approval-ratings-donald-trump.aspx>
- Graff, Henry F., *Grover Cleveland*, Times Books, Nueva York, 2002.
- Hamilton, Alexander, "No. 68" en *The Federalist*, Liberty Fund, Indianapolis, 2001.
- Hiatt, Fred, "Why the Republicans' strategy is to keep as many people as possible from voting" en *The Washington Post*, 14 de junio de 2020, disponible en https://www.washingtonpost.com/opinions/republicans-2020-strategy-is-to-prevent-as-many-people-as-possible-from-voting/2020/06/14/110271d6-acc3-11ea-94d2-d7bc43b26bf9_story.html
- Josephson, Matthew, *The Robber Barons. The Great American Capitalists, 1861-1901*, Harcourt, Nueva York, 1962.
- Klare, Michael T., *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*, Metropolitan Books, Nueva York, 2001.
- Koenig, Louis William, *Bryan. A Political Biography of William Jennings Bryan*, Putnam, Nueva York, 1971.
- Linshi, Jack, "It's official; more people are running for presidential nomination than ever" en *Time*, 8 de julio de 2015.
- Mead, Walter Russell, "The Tea Party and American foreign policy: what populism means for globalism" en *Foreign Affairs*, vol. 90, núm. 2, marzo-abril 2011.
- Mouffe, Chantal, *The Democratic Paradox*, Verso, Nueva York, 2000.
- Northrup, Cynthia Clark (ed.), *The American Economy: A Historical Encyclopedia*, vol. one: Short Entries, ABC-CLIO Inc., Santa Barbara, 2003.
- Oliver, J. Eric y Wendy M. Rahn, "Rise of the *Trumpenvolk*: populism in the 2016 election" en *The Annals of American Academy*, vol. 667, núm. 1, septiembre 2016.
- Orozco, José Luis, *La revolución corporativa*, Hispánicas, México, 1987.
- Priorities USA (Global Strategy Group y Garin Hart Yang), *Post-Election Research: Persuadable and Drop-Off Voters*, abril 2017.
- Reich, Robert, "Why do we need rise-up economics, not trickle-down", febrero 2018, disponible en <http://robertreich.org/post/171361714715>
- Richardson, Darcy G., *Others. Third Parties During the Populist Period*, vol. II, iUniverse Inc., Nueva York, 2007.
- Rosanvallon, Pierre, *Counter-Democracy: Politics in an Age of Distrust*, Cambridge University Press, Cambridge/Nueva York, 2008.

- Scahill, Jeremy, *Blackwater: The Rise of the World's Most Powerful Mercenary Army*, Nation Books, Nueva York, 2007.
- Schlesinger, Arthur M., *The Imperial Presidency*, Houghton Mifflin, Boston, 1973.
- Schruben, Francis W., "William Jennings Bryan, reformer" en *Social Studies*, vol. 55, núm. 1, 1964.
- Spooner, Walter W., *The Democratic Party*, The Liberty History Company, Nueva York, 1920.
- The Economist*, "America's electoral system gives the Republicans advantages over Democrats", 12 de julio de 2018, disponible en <https://www.economist.com/briefing/2018/07/12/americas-electoral-system-gives-the-republicans-advantages-over-democrats>
- The New York Times, "The Silver-Tariff Bargain" en *The New York Times*, 1 de mayo de 1896.
- The White House, *National Security Strategy of the United States of America*, 2017, disponible en <https://www.whitehouse.gov/articles/new-national-security-strategy-new-era/>.
- Trump, Donald, discurso en un mitin de campaña en Iowa, 23 de enero de 2016, disponible en <https://edition.cnn.com/2016/01/23/politics/donald-trump-shoot-somebody-support/index.html>
- Trump, Donald, *The Inaugural Address*, 20 de enero de 2017, disponible en <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/the-inaugural-address/>
- U.S. Department of Commerce, *The Effect of Import of Steel on the National Security. An Investigation Conducted under Section 232 of the Trade Expansion Act of 1962, as Amended*, 2018.
- Wimmer, Andreas, "Why nationalism works. And why it isn't going away" en *Foreign Affairs*, vol. 98, núm. 2, 2019.
- Wolin, Sheldon S., *Democracy Incorporated: Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism*, Princeton University Press, Princeton, 2008.